

JOSÉ MARTÍ ENTRE DOS CRÓNICAS: PRESIONES EDITORIALES Y LA AUTONOMÍA RELATIVA DE LA PRODUCCIÓN DEL ESCRITOR MODERNISTA

*José Martí Between Two Chronicles: Editorial Pressure and
the Relative Autonomy of the Modernista Writer*

Federico FRIDMAN

Cornell University
ff45@cornell.edu

Resumen

La producción de José Martí como cronista en los Estados Unidos para los diarios latinoamericanos *El Partido Liberal*, de México, y *La Nación*, de Argentina, estaba sujeta a diversas políticas editoriales. Hasta ahora estos mecanismos que condicionaban su obra no han sido estudiados para comprender un giro radical en su pensamiento. El 2 de setiembre de 1886, Martí escribió para *La Nación* una crónica acerca de los trágicos acontecimientos que se desencadenaron en Chicago, tras una protesta de trabajadores. En esa, Martí no duda de la responsabilidad de líderes anarquistas por la muerte de un policía. Sin embargo, en una segunda crónica enviada un año después, Martí presenta un giro radical en su apreciación de los anarquistas y critica las causas que los habían empujado a radicalizar el movimiento obrero. El presente ensayo revela cómo Martí modifica su posición al escribir bajo distintos sistemas de autorización y analiza la estrategia narrativa que emplea el escritor para surcar soterradamente estas presiones. El contenido de la segunda crónica para *La Nación* es analizado como la materialización de la voluntad autónoma del escritor modernista. Una afirmación que marca un clivaje crucial en su trayectoria que al poco tiempo lo conduciría a participar en la guerra de independencia de Cuba en 1895.

Palabras claves: políticas editoriales, pacto y réplica, autonomía relativa, emancipación.

Abstract

José Martí's production of chronicles in the United States for two Latin American newspapers, *El Partido Liberal* from México y *La Nación* from Argentina, was subjected to various editorial policies. Until now, the mechanisms that controlled Martí's journalistic work have not been studied sufficiently to understand certain radical changes in his thinking. On September 2, 1886, Martí wrote an article for *La Nación* concerning the tragic events that had occurred in Chicago following a workers' protest. In this chronicle, Martí does not hesitate to assign the anarchists' responsibility for the death of a policeman. However, in a second chronicle that he submitted a year later, Martí expresses a radical shift in his perspective regarding the anarchists and criticizes the causes that had pushed them to radicalize the workers' movement. The present essay examines how Martí modifies his position as he writes under different editorial policies that variously approve or disapprove of his views, and discusses the narrative strategies that he superstitiously employs to overcome these constraints. The content of the second piece for *La Nación* is analyzed as the materialization of the autonomic will of the *modernista* writer, and as an affirmation that marks a fundamental shift in Martí's life journey, which in a short period of time will lead him to participate in the war for independence in Cuba in 1895.

Keywords: editorial policies, pact and response, relative autonomy, emancipation.

Introducción

El 1º de mayo de 1886, al igual que en el resto de las ciudades industriales de los Estados Unidos, se coordinaron en Chicago huelgas y manifestaciones en demanda de una jornada laboral de ocho horas. Dos días después, la policía interrumpió violentamente un acto que se desarrollaba en las inmediaciones de la fábrica McCormick, cuyos trabajadores se encontraban en huelga. El resultado de la represión fue el de, al menos, dos trabajadores muertos. Tres días después, el 4 de mayo, se organizó una protesta en las cercanías de Haymarket

Square, en repudio a la represión policial. La policía llegó y aguardó hasta casi el final del acto para comenzar a dispersar la protesta. Los rumores de un posible ataque con explosivos a alguna fábrica ya se habían diseminado entre las autoridades de la policía. Los manifestantes se resistieron a ser dispersados argumentando que era una demostración pacífica; en ese instante un objeto voló por encima de las cabezas de la multitud y cayó en las filas de la policía. La persona que arrojó el artefacto no pudo ser identificada. La bomba explotó y la policía respondió con una balacera, algunas de sus propias filas estaban en la línea de fuego. Los trabajadores respondieron. Un policía y un número incierto de trabajadores murieron esa noche en Chicago como consecuencia del enfrentamiento.

Al día siguiente la policía arrestó a anarquistas y activistas. Algunos de los detenidos eran los posibles abogados defensores del resto de los acusados. Los abogados no fueron acusados de haber sido los perpetradores, sino de ser responsables por haber instigado el ataque, puesto que eran oradores habituales en los actos políticos. Diez de los arrestados fueron acusados de la muerte del policía en los incidentes de Haymarket Square¹. La sentencia de culpables y la pena de muerte eran inevitables para cinco de los anarquistas. El jurado condenó a uno de los acusados a quince años de prisión por haber instigado el crimen. El 10 de noviembre de 1887, un día antes de la ejecución, uno de los condenados a muerte se suicidó en su celda. Los otros cuatro fueron ejecutados al día siguiente.

¹ Según Paul Avrich, los anarquistas fueron acusados de la muerte de un solo policía y no de los cinco policías que para la fecha del juicio ya habían fallecido, como consecuencia de las heridas, puesto que la muerte de este oficial había sido la única causada por la bomba. El resto de los oficiales habían muerto a causa de las balas disparadas por sus propios compañeros, un hecho que el fiscal evitó mencionar en el juicio. Véanse Avrich y David para un análisis de las causas y las consecuencias, sociales y políticas, de los eventos en Chicago.

El 2 de septiembre de 1886, José Martí, quien en ese momento se desempeñaba en Nueva York como corresponsal del diario *El Partido Liberal*, de México, y *La Nación*, de Argentina, escribió para el editor del diario argentino, Bartolomé Mitre y Vedia, una crónica acerca de los acontecimientos que se habían desarrollado en Chicago. En esta primera crónica, publicada en *La Nación* el 21 de octubre de 1886, el escritor cubano adopta una posición clara con respecto a los anarquistas: no duda de su responsabilidad por la muerte del policía en el enfrentamiento de Haymarket Square. En la crónica argumenta que hubo una total premeditación por parte de los anarquistas, quienes se habían preparado con antelación esperando el momento indicado para atacar. Sin embargo, en una segunda crónica enviada a *La Nación* un año después, acerca de los sucesos en Chicago y el posterior juicio a los anarquistas, la mirada de Martí presenta un giro radical con respecto a la primera. Como si estuviera presente en Chicago, el escritor describe la situación social de los trabajadores, la organización de la resistencia obrera y narra los últimos instantes de la vida de los anarquistas. Mientras en la primera crónica no duda de la culpabilidad de los anarquistas, en la segunda apunta decididamente a rastrear las causas históricas y sociales que habían empujado a los anarquistas a radicalizar el movimiento obrero. No aprueba el método aplicado, pero lo comprende como la reacción de los trabajadores sometidos a un régimen de explotación.

El viraje entre la primera y la segunda crónica refleja una compleja evolución en el pensamiento de Martí. Roberto Fernández Retamar señala que la diferencia entre una y otra demuestra el crecimiento vivido por Martí, “frente a uno de los más relevantes momentos de las luchas obreras mundiales del siglo XIX” [59]. Este cambio sustancial fue el resultado de una maduración del pensamiento de Martí, quien evoluciona ante los ojos del lector y entrega su mirada definitiva sobre los

anarquistas en la segunda crónica. Según Fernández Retamar, en la primera crónica Martí creía en la versión oficial del gobierno, la prensa y el clero, que acusaban a los inmigrantes anarquistas como los responsables de la volatilidad de la clase obrera. Sin embargo, lo notable, dice Fernández Retamar, no es que Martí haya errado en los verdaderos motivos de la radicalización de la clase obrera, sino que pese a la avalancha de mentiras que condenaban al proletariado, haya comenzado a percibir el germen de una clase obrera genuina que comenzaba a levantarse en contra de la explotación del sistema burgués. Por eso, no es extraña la evolución de su pensamiento en función de adecuarse al fenómeno de un proletariado que se radicalizaba. Al presenciar el fenómeno de una clase obrera que se convertía en un actor fundamental del escenario político y social del país, Martí respondió desarrollando nuevos criterios².

En la primera crónica, Martí expresa una sobrevaloración de las virtudes del sistema republicano norteamericano y de los canales democráticos que existían para expresar las demandas sociales. Pero, hacia finales de 1887, no mantendría esta misma opinión. Es más, dice Fernández Retamar, ya se había rectificado en una crónica fechada el 17 de octubre de 1886, enviada a *El Partido Liberal*, de México, recuperando una crónica que había permanecido inédita hasta la publicación en 1980 de la investigación dirigida por Ernesto Mejía Sánchez, *Nuevas Cartas de Nueva York por José Martí*. En esta crónica, Martí comenta la visita de Lucy Parsons a Nueva York, quien era la compañera de uno de los encausados en Chicago, y compara la voluntad de sacrificio de los anarquistas con la de los héroes

² Martí dedica una gran cantidad de crónicas a las huelgas obreras durante sus años en los Estados Unidos (1881-1895). Véase *En las entrañas del monstruo*. En varias crónicas el cubano presta particular atención al accionar de la Orden Americana de los Caballeros del Trabajo, la cual nucleaba a los trabajadores a nivel nacional y organizaba pacíficamente huelgas en demanda de mejores condiciones para los trabajadores [1980: 27-28].

cristianos. En la crónica enviada a *El Partido Liberal*, Martí desarrolla una aguda mirada sobre el motivo que llevó a los anarquistas a adoptar métodos violentos.

Fernández Retamar propone una articulación dialéctica de ambas crónicas sobre los anarquistas, en función de señalar una superación de las contradicciones en el pensamiento de Martí. Este es un aporte ineludible para analizar el giro radical de Martí en su apreciación de los anarquistas³. Pero, como lo señala Christopher Conway, si bien existe un amplio consenso entre los especialistas en la obra de Martí acerca de la importancia fundamental que los sucesos de Haymarket Square tuvieron en la radicalización de su pensamiento, pocos han explorado en profundidad las contradicciones entre sus escritos previos y su mirada definitiva sobre la cuestión obrera⁴. En los meses que separan ambas crónicas sobre los anarquistas, Martí no solo experimentaba una evolución de su pensamiento, sino que también vivía en la contradicción propia que enfrentaba el escritor modernista. En el reajuste de las relaciones sociales, hacia la segunda mitad del siglo XIX, los escritores modernistas latinoamericanos tuvieron que encontrar las formas para

³ La extensa investigación de Ezequiel Martínez Estrada sobre la vida y obra de Martí, la cual no pudo concluir antes de su muerte en 1964, es un antecedente esencial para Fernández Retamar, quien amplía y profundiza las líneas de investigaciones abiertas por Martínez Estrada, cuyo trabajo fue publicado póstumamente en dos ediciones: en *Martí revolucionario* (La Habana: Casa de las Américas, 1967) se incluye la primera parte de su investigación, mientras que en *Martí: El héroe y su acción revolucionaria* (México: Siglo XXI Editores, 1969) se publican otras secciones de su trabajo. Fernández Retamar escribió el prólogo para la primera edición.

⁴ En su artículo, "The Limits of Analogy: José Martí and the Haymarket Martyrs", Conway analiza cómo hasta 1887 Martí comprende las luchas sociales desde un punto de vista idealista que sublima los actores sociales y sus interacciones, a través de un sistema universal de correspondencias en el cual los conflictos sociales y políticos son análogos a los elementos de la naturaleza y el ser. Sin embargo, Conway afirma que a partir de la ejecución de los anarquistas Martí no solo reevalúa su mirada sobre los Estados Unidos, sino también su criterio para comprender la realidad social y económica del país dentro de las contradicciones propias del sistema capitalista [35-36]. Para una periodización del desarrollo y cambio del pensamiento de Martí, véase además Ibarra [87] y Foner [39].

inscribirse dentro de los medios de producción capitalistas⁵. El trabajo de corresponsal para *La Nación* le proporcionaba a Martí la posibilidad de contar con un ingreso económico, pero a su vez lo hacía dependiente de la burguesía nacional que detentaba el poder político y marcaba el perfil editorial del periódico. Martí, quien se encontraba exiliado en New York y atravesaba una precaria situación económica, dependía de los contratos con diarios latinoamericanos. Por lo tanto, estaba sujeto a las diversas políticas editoriales y enfrentaba la problemática de los diferentes públicos a los que estos periódicos debían dirigirse.

Susana Rotker ha estudiado detenidamente la producción de las crónicas de Martí como una encrucijada que cristaliza las contradicciones que enfrentaban los escritores modernistas. En este sentido, Rotker escribe: “en muchos de los textos más críticos se descubre frustración y culpa por servir de algún modo a los intereses importadores de la burguesía, intermediaria entre las relaciones de poder internas y el capitalismo mundial” [34]. Martí era plenamente consciente de que en su posición como cronista en Nueva York era funcional a los intereses de la burguesía. Noé Jitrik señala precisamente que el periodismo de la época se erige como una institución mediadora entre el sistema capitalista y la producción de los escritores modernistas. Jitrik dice: “el movimiento modernista ha encontrado un escenario perfectamente montado en revistas y diarios, tanto que decide librar allí su batalla, intuyendo que allí estarán ya los espectadores, dispuestos a aplaudir un triunfo o denigrar una derrota, como si la lucha que se entabla fuera un producto ofrecido más” [98]. Los modernistas deben plegarse al código hiperideologizado que materializa el periódico y esta situación no implica un

⁵ Aníbal González, en *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*, afirma que los escritores modernistas no solo dependían de su labor periodística para ganarse su sustento económico, sino también para difundir su producción intelectual y literaria [83].

sometimiento. Sin embargo, Jitrik sugiere que los escritores, quienes buscaban crear y difundir su propio código, pudieron haber experimentado esta contradicción como una sujeción y, por lo tanto, puede que haya germinado una no tan velada “envidia” del otro código al cual debían plegarse para garantizar su circulación social y sobrevivir [101].

Hasta ahora los mecanismos de autorización y desautorización que condicionaban la producción de Martí como cronista, no han sido estudiados para comprender las circunstancias y las implicaciones del giro radical que expresa en su apreciación de los anarquistas. En el presente ensayo se analiza la estrategia narrativa que el escritor emplea en la primera crónica para surcar estos mecanismos y, a partir del intercambio epistolar entre el cronista y el editor del diario argentino, se examina el contenido de la misma en sintonía con las políticas editoriales impuestas por *La Nación*. Al analizar las crónicas de Martí para el periódico mexicano *El Partido Liberal*, acerca de la situación de los trabajadores en los Estados Unidos, se demuestra cómo el escritor modifica su posición bajo distintos sistemas de autorización: en la segunda crónica sobre los anarquistas, al liberarse de las presiones editoriales de *La Nación*, Martí enuncia lo que un año antes había tenido que callar. En la conclusión, se analiza la manifestación de este cambio fundamental como una consecuencia de la afirmación de un mayor margen de autonomía en su producción como cronista. Así surge una defensa de su mirada y de su pensamiento político que en la segunda crónica tiende a una fuerte intensificación estética del relato.

“El proceso a los siete anarquistas de Chicago” (2 de setiembre, 1886)

En la primera crónica, Martí describe a los anarquistas como elementos subversivos que fueron a los Estados Unidos para

infiltrarse en la clase trabajadora. El odio desparramado con la bomba no había sido propiciado por el país que los había recibido, sino que fue importado desde Europa: “meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera [...] han traído de Alemania cargado el pecho de odio” [211-212]. La causa que los había movilizado al atentado era su origen prusiano, se desprende de esta crónica. El odio fue forjado en otra lengua, sostiene Martí, al argumentar que cuatro de los acusados no sabían inglés. Este énfasis en el desconocimiento de la lengua del país que los había recibido apunta a señalarlos como radicalmente distintos al resto de la sociedad. Según Martí, su lengua original no solo había sido la portadora del odio, sino que a causa de su desconocimiento del inglés tampoco podían comprender las prácticas políticas propias de los Estados Unidos. Los anarquistas habrían imaginado sus acciones como si se encontraran en la sociedad de donde provenían, en la cual los mecanismos republicanos no habían sido establecidos para reclamar por las injusticias.

La mirada de Martí con respecto a los Estados Unidos es la de una sociedad democrática que logra configurar los canales de participación adecuados para garantizar la libertad de expresión de sus ciudadanos. Según el cubano, el lenguaje original de los anarquistas, forjado a las brasas del odio sedimentado en las clases obreras europeas, y su ignorancia del inglés, no les permitió canalizar sus demandas por medio de mecanismos democráticos. Martí considera que el desarrollo de la sociedad norteamericana no seguía el mismo curso como el desarrollo de los países europeos. Mientras que en Europa los regímenes despóticos habían engendrado el odio en los trabajadores, la sociedad que los había recibido en el Nuevo Mundo garantizaba los canales por los cuales era posible la persecución de la libertad de los trabajadores. Este contraste que se establece entre una sociedad democrática y otra

despótica refuerza una mirada que tiende a aprobar los engranajes del sistema republicano norteamericano⁶.

Según Martí, los anarquistas habían corroído a la clase trabajadora de Chicago, socavando los sectores populares a través de libros, diarios y juntas donde se alentaba a la organización armada y se predicaba “una guerra de incendio y de exterminio en contra de la riqueza y los que la poseen y la defienden” [213]. El atentado con la bomba fue para Martí un acto terrorista. Las grandes ideas de reforma, que sería el argumento detrás de las reivindicaciones de los anarquistas, “se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas destructivas” [214]. Las dos fuerzas, explica el cubano, andan por la vida y según se decante hacia una u otra fuerza el espíritu de reforma se transformará en una fuerza creadora, como el amor, o en una fuerza destructiva, como el odio importado por los anarquistas. Martí argumenta que los anarquistas se aprovecharon de las agonías de la gente para germinar su semilla sediciosa, pero “no pertenecían directamente a ella [a la clase popular] ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella” [215]. Por eso, sostiene que los obreros norteamericanos miraron con terror la violencia de los anarquistas, quienes habiendo nacido bajo regímenes despóticos no pudieron comprender las prácticas democráticas de los Estados Unidos.

⁶ Rafael Rojas explica que el republicanismo de Martí “era americano, es decir, cívico y no culturalista como el europeo. Su política se encaminaba a la fundación constitucional de una nación nueva [Cuba] en el continente que, lo mismo que los Estados Unidos e Hispanoamérica, tradujera su identidad cultural en un modelo cívico moderno” [307]. Martí valoraba positivamente el régimen político de los Estados Unidos. Sin embargo, no consideraba que este sistema de gobierno debía ser implementado en los países de Latinoamérica para configurar una matriz cultural similar a la del país del norte. Por el contrario, Martí consideraba que el republicanismo era una forma moderna de gobierno que podía garantizar la libertad de expresión de cada cultura a través de la representación política. Una constitución con espíritu republicano, pensaba Martí, podía reglamentar la igualdad de derechos sociales, económicos y políticos.

En el “Prólogo al poema *Al Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde” (1882), surgen presupuestos centrales que Martí aplica en su evaluación de los anarquistas⁷. El cubano argumenta que el poeta de la época se enfrentaba a un tiempo descoyuntado. Un momento en la historia que ante el avance del proceso de secularización había dejado al hombre carente de toda certeza. El poeta ya no podía escribir inspirado en fuerzas trascendentales, obligadas a replegarse y a confinarse en la interioridad de los hombres. Solo se tenía a sí mismo para reconstruir su espiritualidad en un mundo vaciado de sacralidad, que lo debía conducir a un girar sobre sí mismo, a una experiencia introspectiva que le permitiera encontrar lo genuino en su propia vida. En este nuevo tiempo, argumenta Martí, ya no podía llevarse adelante la producción de obras macizas y corpulentas. En el desconcierto de un mundo que había perdido su cauce, el poeta debía dar cuenta de dos fuerzas que lo habitaban: el amor y el odio. Estas dos fuerzas marchan parejas en la naturaleza del hombre, el poeta debe decantar su espíritu creativo en la creación de su obra hacia una u otra fuerza. “El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras [macizas y corpulentas], pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian” [232].

⁷ Fina García Marruz señala que el prólogo de Martí, publicado en el periódico *La Opinión Nacional de Caracas* en 1882, es un texto crucial para comprender su obra. En el artículo “El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí”, escribe: “Su decisiva crónica sobre Bonalde, todavía literaria, marca el fin de una etapa y el comienzo de otra. En ella aparece el reconocimiento de este cambio fundamental del interés humano hacia la vida, el desplome de las viejas estructuras, la sustitución de una literatura libresca por una literatura periodística, atenta a la vibración del instante” [387]. Rotker también entiende que el prólogo de Martí es esencial, porque la problemática de la temporalidad que el escritor introduce en el texto, “entendida como la conciencia del tiempo en que se vive”, es el fundamento de su propuesta estética [125]. Como se verá a continuación la problemática filosófica de la temporalidad no es solamente central para comprender la propuesta estética de Martí, sino también es un pilar conceptual de su pensamiento político. Véase, además, Andrew Reynolds, particularmente el segundo capítulo: “Possession of the Infinite: Temporality and Difference in *Modernismo*”, para un análisis interesante acerca de la relación entre la crónica modernista y la problemática de la temporalidad.

En su apreciación de los anarquistas Martí aplica el mismo razonamiento: el atentado con la bomba nacido del odio traído de Europa fue el intento por la implantación de una certeza. La radicalización de los obreros era la búsqueda de la gran obra, el intento por suturar un tiempo que se encontraba fuera de sus goznes. Así, en su accionar radicalizado, los trabajadores contradecían el devenir que Martí entendía como propio de la naturaleza y la historia. Según el cubano, no era posible someter al tiempo al alumbramiento de las obras majestuosas, como buscaron hacer los anarquistas. Cuando la vida se asentara surgirían no por fuerza de los hombres, sino del propio tiempo. Era el momento de abandonar la búsqueda de grandes obras culminantes, dando lugar al nacimiento de “pequeñas obras fúlgidas” [234]. El cubano dice en el prólogo: “¡Asesino alevoso, ingrato á Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir á las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio!” [237]. Los anarquistas para Martí eran traidores a la Naturaleza, porque buscaron a través de la enseñanza del odio y la acción directa imponer lo absoluto de sus doctrinas en un tiempo histórico desquiciado. El ataque, en vez de completar al ser humano, a través de la óptica martiana, interrumpía y distorsionaba el proceso de una sociedad libre que marchaba en esa dirección⁸.

⁸ En la crónica, publicada bajo el título “Hombres a Carlos Marx”, sobre el acto que los trabajadores de Nueva York celebraron en homenaje a éste, días después de su muerte el 14 de marzo de 1883, Martí ya señalaba el odio que identificaba en los movimientos radicalizados de las masas obreras. “[P]uesto que a todos los reúne un odio común” [140], escribe Martí, destacando una fuerza destructiva como el factor unificante de un proletariado revolucionario. Según el cubano, el honor de Marx se encontraba en haberse puesto del lado de los débiles, pero reprueba la arenga de “echar a los hombres sobre los hombres” [140]. El error en el pensamiento de Marx, apunta Martí, era la violencia que incitaba su pensamiento. Si bien Marx había acertado al despertar a las masas obreras y en mostrarles el camino para derrumbar los puntales de una sociedad que los oprimía, Martí sostiene que Marx no había dado cuenta del proceso natural y laborioso que la historia lleva adelante para dar nuevos alumbramientos.

Martí, al igual que las grandes masas de trabajadores que no se manifestaron en contra de la sentencia, aprueba el veredicto de culpables. Si bien no pensaba que la condena de los anarquistas sería a muerte, puesto que el jurado carecía de pruebas absolutas, el cubano explica que todas las acusaciones se fueron probando: la premeditación, la manufactura de las bombas, la conspiración, la incitación a la violencia y al asesinato, el tono criminal de los discursos en Haymarket Square, la preparación y la ejecución del plan. Sin embargo, en su argumento desplegado en la primera crónica, que no flaquea en su convicción de atribuir a los anarquistas la responsabilidad por el atentado, se planta la semilla de una duda. Martí describe un silencio que flotaba en el aire, luego de conocerse la sentencia a muerte de los acusados, con una sola oración que deja un vacío tras su enunciación: “El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban” [216]. ¿Acaso Martí no era un pensador compasivo en tierras foráneas? ¿No era él mismo capaz de ver el verdadero motor de las causas en los intentos de reforma?⁹. Si en esta afirmación está aludiendo a sí mismo: ¿qué callaba?, ¿por qué se impone un silencio? Las respuestas definitivas comenzarán a surgir a partir del análisis de la segunda crónica, en la cual Martí se enfoca decididamente en las causas sociales que habían empujado a los anarquistas a la radicalización del movimiento obrero.

Véase Bruno Bosteels para un análisis pormenorizado de los argumentos que esgrime el cubano en su crítica al marxismo.

⁹ Anibal González afirma que el periodismo fuerza a los escritores modernistas a asumir distintos roles o “avatares” al escribir sus crónicas y esto degrada la posibilidad de enunciar una voz singular y coherente consigo mismos. En el caso de Martí, explica González, se le exigía relatar los eventos en sus crónicas dentro de un marco estilístico e ideológico determinado, mientras que debía mantener un discurso impersonal. González escribe: “Martí performed this seemingly impossible task by avoiding the use of the first person as much as he could [...]” [1993: 91].

“Un drama terrible” (13 de noviembre, 1887)

Un año después, tras la ejecución de los anarquistas, Martí escribe la segunda crónica al editor del diario *La Nación*. La crónica comienza con la descripción del traslado de los féretros transportando los cuerpos de los anarquistas. El relato reconstruye nuevamente los hechos en Chicago pero, esta vez, partiendo del motivo original que había propiciado la manifestación en Haymarket Square y el posterior desenlace trágico: la protesta por el asesinato de los trabajadores en la represión policial de los incidentes de la fábrica McCormick. En la crónica Martí desarrolla un análisis de las causas sociales y políticas que llevaron a los anarquistas al atentado. El cubano, en esta oportunidad, dice haberse resuelto a narrar los acontecimientos sin “miedo a las justicias sociales”, ni “simpatía ciega por los que las intentan”, pero con la convicción de servir con su crónica dignamente al principio de la libertad [220]. Bajo esta óptica el ataque de los anarquistas ya no es considerado un acto terrorista, sino un delito social impulsado por la “generosidad” de quienes lo produjeron [220]. Martí no aprueba el atentado, pero lo comprende como una consecuencia de las causas históricas que habían sometido a los trabajadores de Chicago.

La forma republicana de gobierno, que en la primera crónica aparecía como capaz de establecer los canales adecuados por los cuales procesar las demandas y las injusticias, en la segunda crónica surge como una siniestra maquinaria que no permitió a la defensa y a los familiares de los anarquistas, arrebatarle sus víctimas. Según Martí, la república, amedrentada ante el avance de los sectores populares, puso en marcha un mecanismo por el cual pagó con el asesinato de los anarquistas el crimen que había nacido de sus propias entrañas: el ataque en Haymarket Square. El objetivo, dice Martí, no era el de asustar al vulgo adolorido que lloraba a sus mártires, sino el de aterrar a las “masas nacientes” de trabajadores que debían ser

aleccionadas con el fin de evitar futuras insurrecciones [221]. Por eso, los anarquistas en parte fueron funcionales a la república. Su ataque, explica el cubano, terminó por propiciar la complicidad entre la clase privilegiada y sectores populares que se vieron horrorizados con el ataque, pero que sufrían “el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansía de remediarlos que les embotó el juicio” [222]. Martí ya no considera a los anarquistas elementos subversivos que habían traído el odio importado de Europa, sino el resultado de un sistema norteamericano de producción similar al europeo que los había sometido a un régimen de miseria y explotación: “[e]sta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos” [223]. Los inmigrantes que habían sufrido el poder despótico en Europa denunciaron los mismos males que ya habían vivido. El rencor de los trabajadores era mayor, señala el escritor, porque los inmigrantes pensaban haber dejado estos males atrás. En consecuencia, al perder la fe en la libertad los anarquistas fueron empujados a utilizar recursos violentos. Los que habían nacido en el país y habían crecido en el juego democrático, no comprendieron a aquellos que habían nacido en pueblos donde el sufragio era un mecanismo para garantizar la tiranía. Pero, apunta Martí, a pesar de las diferencias esenciales en las prácticas políticas, el dolor unió a la clase obrera en un mismo sentimiento que los hermanaba.

Las circunstancias que sometían a los trabajadores propiciaron el odio de los anarquistas a la justicia y a sus representantes. Este odio, sostiene Martí, era la herencia recibida por “la furia secular” que había desacralizado la vida y había hecho creer a los hombres que movidos por su compasión eran “entidades sacras” [225]. Al estar acorralados por un sistema de producción que los explotaba, azuzados por el dolor propio y

ajeno, acudieron a la violencia. Ante la cruel realidad que los azotaba con el frío y el hambre, Martí concluye: “¡América es, pues, lo mismo que Europa! No comprenden que ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje” [227]. Los anarquistas, en esta segunda crónica, ya no son ajenos a la sociedad y no deben ser apartados, sino comprendidos como víctimas de un sistema de explotación. Si bien Martí no los justifica, comprende su accionar en busca de un mundo más justo que intentó aquella noche en Haymarket Square hacer florecer en la tierra “el estampido de la revolución social [...] símbolo de la opresión del universo” [228].

Los oídos sordos de los capitalistas ante el reclamo de mejores condiciones de trabajo fueron para Martí los causantes del drama. Según el cubano, los únicos que tuvieron oídos fueron los anarquistas, quienes a través de sus diarios y la organización de grupos, en los cuales había una sección armada, articularon la protesta obrera. El escritor reconstruye de manera vívida los encuentros organizados por algunos de los líderes anarquistas asesinados. Imagina los discursos que habrían pronunciado en sus encuentros, encendiendo el alma de sus seguidores e instándolos a la lucha. Menciona los nombres de los anarquistas condenados y las disidencias internas que existían en el movimiento, recreando una atmósfera que sumerge al lector en los sótanos donde se tramaba la resistencia obrera. La organización de esta resistencia se describe en la crónica como si fuera un fuego subterráneo que fue avanzando en Chicago buscando la grieta por donde emerger, formar el cráter y escupir el fuego en forma de una rebelión armada, sin más recursos que unos cuantos corazones encendidos.

En esta oportunidad, Martí no solo busca establecer las verdaderas causas que empujaron a los obreros a la utilización de un recurso violento, sino también a desbaratar el proceso legal, que en la primera crónica aparecía como ajustado al

derecho, y denunciar el vicio que lo corroía¹⁰. El cubano argumenta que fue imposible probar que los anarquistas acusados hubieran sido los que prepararon y lanzaron la bomba. Martí cree en las pruebas presentadas por la defensa que demostraron que los líderes anarquistas no se encontraban en la escena del crimen imputado. Lo único que se probó con plena prueba, según los testigos, fue que quien arrojó la bomba era un desconocido. La corte suprema confirmó la sentencia pronunciada por el jurado. Chicago, dice Martí, pidió clemencia, quizás por miedo o por piedad, con la misma fuerza que antes había pedido la pena de muerte. Los gremios de todo el país mandaron representantes a la ciudad para que intercedieran por los acusados. Pero el gobernador no atendió el pedido de piedad por parte de los abogados de los gremios y las familias de los anarquistas.

En su crónica Martí describe el suicidio de uno de los anarquistas en su celda y menciona que dos de ellos fueron perdonados, mientras que el resto continuaba aguardando su turno en el cadalso. De aquí en más la crónica se desarrolla casi en tiempo real. El escritor narra el transcurrir de las horas que separaban a los anarquistas de su sentencia, de la misma manera que lo hacía la prensa norteamericana. El diario *The Sun*, de Nueva York, había instalado un telégrafo en el mismo corredor y su repiquetear era similar, dice Martí, a los últimos martillazos del carpintero que terminaba de armar la horca. Ante la inminencia de la muerte, el cubano pone en boca de uno de los condenados el poema *El Tejedor*, de Heinrich Heine. El escritor intensifica la conmovedora escena al punto de hacer sentir al lector la tristeza de aquel que se sabe próximo a la muerte. Describe la voz de uno de los anarquistas, rescatando de la angustiada escena la humanidad del condenado, como

¹⁰ Juan E. Mestas atribuye el giro radical en el pensamiento del escritor esencialmente a una transformación de sus ideas respecto a las instituciones norteamericanas, las cuales en la segunda crónica Martí son descritas como intrínsecamente corruptas [135].

“una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido [...] trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras [...], como ofreciendo al cielo el espíritu, con los brazos en alto [...]” [246]. Martí imagina y relata los diálogos entre los condenados cargados de palabras de aliento. Detalla sus rostros y las expresiones que reflejaban. Luego las capuchas sobre sus cabezas, las últimas palabras de uno de ellos reivindicando la lucha anarquista. El sonido de la trampa cediendo y la danza macabra de los cuerpos colgando en el vacío. El último párrafo de la crónica es una cita del diario anarquista *Arbeiter Zeitung*. Un llamado a aceptar la derrota en una batalla, pero que debía de ser parte del aprendizaje del revolucionario: “seamos sagaces como las serpientes e inofensivos como las palomas [...]”, cita Martí del diario anarquista [252].

Presiones editoriales y la autonomía relativa de la producción del escritor modernista

¿Por qué en la primera crónica para *La Nación* Martí dejó en silencio las causas políticas y sociales que llevaron a los anarquistas a la radicalización del movimiento obrero? En una de las crónicas enviadas a *El Partido Liberal*, fechada el 15 de octubre de 1886, tan solo seis semanas después de la primera crónica sobre los anarquistas para el periódico argentino, Martí presenta su texto como un “[e]studio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos” [1980: 64]. En esta crónica surge una fuerte contradicción en uno de los ejes sobre los cuales basaba su inicial condena de los anarquistas. La crónica comienza con una descripción de la tremenda desigualdad social existente en los Estados Unidos. Martí escribe: “Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las

ciudades como una colosal ave famélica, ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio y las vuelve del revés, para que el aire oree sus raíces” [64-65]. Sin embargo, en la primera crónica sobre los anarquistas, no dudaba en señalar que su odio había sido traído por estos de Europa, resultado de su sometimiento a regímenes despóticos y no podía haber sido engendrado en el país que los había recibido.

La contradicción entre uno y otro argumento es evidente, aunque no modifique su positiva valoración de los canales de participación política de la república. Martí considera, en esta crónica para *El Partido Liberal*, que el movimiento obrero pacíficamente podía y debía ejercer la libertad política para cambiar las condiciones de desigualdad en las que vivían los trabajadores. Pero enfatiza que, debido a la descomposición del tejido social, la libertad política que ofrecía la república también había sido corroída por la desigualdad, “cuando se ve producir a la libertad política la misma descomposición, ira y abusos que crea la tiranía” [65]. Como lo haría un año después, en la segunda crónica enviada a *La Nación* sobre los anarquistas, Martí sostiene que cuando las “corrientes alborotadas” de todo el mundo confluían en las ciudades del país y se encontraban con las mismas desigualdades que pensaban haber dejado atrás, este era el fermento de la revolución [67]. Si bien el ejercicio de la libertad política era el canal adecuado para expresar las injusticias, el cubano insiste que esta, en un país con enormes desigualdades, producía las mismas penurias que un régimen despótico e incitaba la guerra social.

La valoración del sistema republicano no varía entre la primera crónica sobre los anarquistas publicada en *La Nación* y la crónica dirigida al director de *El Partido Liberal*. En este sentido es acertado considerar la idea de Fernández Retamar de “evolución” en el pensamiento de Martí, con respecto a la valoración del sistema republicano que en la segunda crónica

sobre los anarquistas aparece seriamente cuestionado. Sin embargo, sería también acertado considerar el pasaje en el cual Martí afirma que la desigualdad social en el país “engendra odios”, no solo como el comienzo del desarrollo de los criterios que luego expondría en la segunda crónica acerca de los anarquistas, sino como una radical contradicción en su pensamiento [1980: 64]. Esta contradicción plantea un interrogante acerca del contenido de las crónicas en relación al destinatario de las mismas. La crónica acerca de Lucy Parsons, la cual Fernández Retamar señala como una rápida rectificación de Martí y la crónica citada donde surge una clara contradicción en su pensamiento, ambas fueron enviadas a *El Partido Liberal*. Por eso, resulta fundamental pensar bajo qué sistema de autorización se encontraba Martí al momento de escribir sus crónicas para el periódico argentino, puesto que podría iluminar las circunstancias subyacentes al giro radical en su apreciación sobre los anarquistas¹¹.

El diario *La Nación* de Argentina, fundado en 1870 por la familia Mitre, era uno de los canales por los cuales se expresaba el partido Liberal. Como lo señala Rotker, la política argentina y la propaganda política estaban unidas. Las clases ilustradas, quienes se percibían a sí mismas como parte del “partido de los notables”, ponían su sello en el periodismo de la época. El diario era una herramienta política de los clubes, las asociaciones y las coaliciones. El objetivo era llevar a cabo el proyecto de la “razón” que no se limitaba exclusivamente a organizar la información en el diario, sino a dar opinión y

¹¹ Las tensas relaciones entre México y Estados Unidos, a partir del conflicto bélico (1846-1848), podrían haberle permitido a Martí desplegar una crítica más aguda de los Estados Unidos en sus crónicas para *El Partido Liberal*. La tendencia señalada de modificar su perspectiva bajo distintos sistemas de autorización abre una línea de análisis que sería interesante desarrollar en una futura investigación. Sería una valiosa contribución para el estudio de la obra de Martí analizar un número mayor de crónicas escritas simultáneamente para distintos periódicos latinoamericanos y determinar si esta tendencia se extiende hacia toda su producción como cronista.

formarla de acuerdo con los intereses de la burguesía. Estos intereses no siempre eran acordes a los de la clase dominante que ejercía el poder desde el Estado. En el caso de *La Nación*, explica Rotker, en 1883 hay un momento decisivo de cambio editorial tras el fallido intento de golpe de estado en contra de Nicolás Avellaneda. La línea editorial del diario entró en conflicto con los intereses políticos del Estado y fue forzada a cambiar. La administración del diario decidió modificar su perfil político, mientras Martí era corresponsal del diario en New York, y orientarse hacia un carácter más comercial. Si bien no renunciaba a sus principios políticos, el diario pretendió adoptar un perfil más bien analítico de la política.

En este contexto de profesionalización del escritor y del periodista, las crónicas de Martí encontraron su lugar. Las crónicas eran la materialización resultante de la intersección entre el periodismo y la literatura. Le permitían al cubano continuar desarrollándose como escritor y al diario contar con una mirada aguda y directa de los acontecimientos que se desarrollaban en la capital del mundo. Sin embargo, Bartolomé Mitre, editor de *La Nación*, era menos tolerante con las opiniones políticas de su cronista que podían incomodar a los lectores del diario. No dudaba en omitir párrafos completos de sus crónicas que enviaba desde New York. Estas presiones que ejercía la línea editorial sobre la autonomía del trabajo de Martí surgen claramente en una carta de Mitre enviada al cubano, luego de censurarle su primera crónica. En la carta, fechada el 26 de setiembre de 1882, el editor le explica a su corresponsal que el motivo de la censura se hallaba en la necesidad de preservar al diario de la consecuencia de sus ideas acerca de los Estados Unidos, “en lo relativo a ciertos puntos y detalles de la organización política y social y la marcha de ese país” [73].

En la carta Mitre enfatiza que la esencia de la crónica de Martí, “extremadamente radical en la forma”, se distanciaba de la línea de la empresa. Por eso, el editor le sugiere que, si bien no

debía renunciar a la exposición de aspectos negativos de la política y la moral en los Estados Unidos, estas descripciones debían ser el resultado de “los hechos” y no de juicios personales. Mitre le escribe a Martí:

Habla a Vd. un joven que tiene probablemente mucho más que aprender de Vd. que Vd. de él, pero que tratándose de una mercancía –y perdone Vd. la brutalidad de la palabra, en obsequio a la exactitud– que va a buscar favorable colocación en el mercado que sirve de base a sus operaciones, trata, como es su deber y su derecho, de ponerse de acuerdo con sus agentes y corresponsales en el exterior acerca de los medios más convenientes para dar aquélla todo el valor de que es susceptible [75]¹².

Según Rotker, la carta no solo demuestra el respeto de Mitre a su cronista, sino también la justificación de la presión editorial amparada en intereses comerciales más que en cuestiones políticas. El editor reconoce que el diario había adoptado un perfil comercial y entiende que sus lectores estaban más interesados en las noticias internacionales que en la literatura o en las opiniones políticas del corresponsal.

En la respuesta de Martí al editor, escrita el 19 de diciembre de 1882, es posible percibir su clara conciencia respecto a la medida que debían adquirir sus palabras en futuras crónicas. En la carta, quizás con tono irónico, Martí acepta de buena manera la censura de Mitre. El cubano afirma su intención de distanciarse de pensadores en los cuales “hierven ansias que no son para agrandar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América” [77]. Martí

¹² En *La crónica modernista hispanoamericana*, Aníbal González explica: “Como género periodístico, la crónica está sujeta a exigencias de actualidad, de novedad y a lo que podríamos llamar ‘leyes de oferta y demanda’, ya que, desde el punto de vista del periodismo, la crónica es una mercancía” [75]. En las palabras de Mitre queda claramente expresado el valor comercial que el editor le atribuye a las crónicas de Martí.

también dice entender los motivos por los cuales debía poner en relieve los aspectos positivos de los Estados Unidos para un público latinoamericano. La imagen del país del Norte, según las clases ilustradas de Argentina, debía ser el modelo económico y político que estos grupos de poder querían propiciar. Por eso, la insistencia del editor a su corresponsal para que sus crónicas se adecuaran a este proyecto. Martí, se infiere de su carta a Mitre, era plenamente consciente de este horizonte de expectativas al cual debía ajustarse su trabajo y al público al cual debía dirigirse.

En este sentido resulta interesante considerar la primera crónica de Martí publicada en *El Partido Liberal*, escrita el 15 de mayo de 1886 e inédita hasta 1980, donde también relata parte de los acontecimientos ocurridos el 4 de mayo en Chicago. El dato revelador que surge de esta crónica lo aporta Mejía Sánchez al señalar que en esta correspondencia, enviada a Manuel A. Mercado, el cubano le dice a su amigo haberla escrito la noche anterior sin saber el nombre del periódico que la publicaría. Martí escribe: “[d]e la correspondencia, no me deja contento, porque tengo que tomar primero el tono al diario, y siempre un público nuevo asusta [...]” [1980: 15]. El escritor claramente percibía que en su labor como cronista debía cernirse al tono del diario para ganarse al público. Este es otro dato que explica el silencio que se impuso en la primera crónica sobre los anarquistas de Chicago publicada en *La Nación*, en la cual Martí se ajusta a la línea editorial del diario y a su público.

En la carta de Martí a Mitre es donde finalmente se encuentra la clave que revela el motivo fundamental del silencio en la primera crónica:

Me dice Vd. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras. Y esta es para mí la faena más

penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada [79].

El silencio era para el cubano una forma de desaprobación, pero también la manera por la cual podía resguardar su continuidad como corresponsal del periódico argentino. El hecho que la segunda crónica acerca de los anarquistas, en la cual Martí expresa una fuerte crítica a los Estados Unidos, haya sido publicada en *La Nación*, sugiere que es arriesgado considerar que en la primera pudo haber existido una censura explícita. Como lo señala Rotker, si bien existía la presión por parte de la línea editorial, también es cierto que las exigencias de Mitre eran reiteradas porque no eran generalmente tenidas en cuenta por el cubano. Mitre le pedía a Martí que moderara sus juicios políticos acerca del sistema norteamericano, pero el escritor continuaría expresando su crítica y Mitre lo mantendría como su corresponsal. Sin embargo, en la primera crónica acerca de los anarquistas, Martí cedió a las presiones editoriales y dejó en las sombras el proceso de luchas de clases que se configuraba en los Estados Unidos, alimentado por la constante inmigración europea: un proceso que era incipiente en Argentina y comenzaba a ser percibido con temor por las elites nacionales, a finales del siglo XIX¹³.

Martí, hacia el último tercio del siglo XIX, atestiguaba la imposición de la modernidad en el continente

¹³ Carl Solberg, a partir de su análisis de cómo la oligarquía argentina percibía al inmigrante obrero y el potencial conflicto social que representaba, particularmente los anarquistas, escribe: "Long accustomed to servile laborers, the Argentine ruling classes after 1890 suddenly had to confront militant urban workers determined to improve their economic position. Most skilled workers entered socialist-oriented unions, but the anarchists, who controlled much of Buenos Aires' unskilled laboring class, quickly became the most powerful element in the Argentine labor movement" [108].

hispanoamericano y su dependencia de las metrópolis, a partir de su incorporación al sistema de intercambio mundial. La infraestructura socio-económica de la región se modificaba a través del fomento del sistema mercantil, del modelo económico agro-exportador y del desarrollo de las redes de comunicación. La obra de Martí no dejará de registrar estos vertiginosos cambios que se precipitaban fundamentalmente en las capitales del continente y, a medida que el escritor daba cuenta de estas profundas transformaciones, también tomaba clara conciencia del desarrollo de un nuevo mercado al cual su trabajo debía cernirse. La tensión que se configuraba entre la postura ideológica-política de Martí y su necesidad de inscribirse en la dinámica de las fuerzas sociales y culturales que se debatían en su medio, se puede analizar al contraponer los apuntes del escritor para la preparación del primer número de la *Revista Venezolana* y el contenido de la revista una vez publicada en 1881.

En los apuntes, Martí asume un tono desafiante al afirmar que la revista apuntaba a constituirse en un canal para la militancia intelectual y moral, al servicio de las jóvenes generaciones de escritores. Sin embargo, este tono se diluye cuando la revista es finalmente publicada [1992: 178-179]. Ángel Rama, en “La dialéctica de la modernidad en José Martí”, dice acerca de este cambio: “Quizás Martí cedió a los imperativos de la cortesía en tierra extranjera o a una de sus variaciones tácticas características atendiendo a la situación del medio y a las fuerzas culturales que en él se debatían” [147]. La cautela se impuso en la escritura de Martí y desde esta perspectiva puede leerse su primera crónica sobre los anarquistas para *La Nación*, en la cual apoyándose en una perspectiva “objetiva”, como lo demandaba su editor, buscaba deslizar su mirada sobre temas sociales y económicos en uno de los periódicos más importantes del continente, en manos de la burguesía nacional.

Martí percibía cómo el desarrollo del liberalismo económico configuraba los engranajes de un mercado del cual no solo dependía su trabajo como cronista, sino también la producción del artista. Según Rama, esta mirada del escritor modernista se trata de una proyección de la obra de arte sujeta a las condiciones materiales que establecía el mercado, el cual había desarrollado distintas exigencias para el artista a partir de la incorporación de un nuevo público consumidor. Rama escribe: “[el] rasgo modernista que define a Martí radica en su aceptación [de este] nuevo estado y en el reconocimiento de que es forzoso moldearse de acuerdo a sus imperativos, aunque no sujeto a sus leyes rigurosas simplemente, sino sometiéndolas a pacto y réplica” [171]. El crítico uruguayo entiende que el espacio otorgado por Martí al artista, más que una posición autónoma, se trata de un espacio delimitado por las condiciones socio-económicas de la época¹⁴. Pero, en este estrecho margen de negociación, Martí encuentra fisuras que le permiten afirmar una mayor autonomía en su producción de las crónicas con respecto a la estructura socio-económica que lo condiciona. En la primera crónica sobre los anarquistas el silencio habita veladamente en una de estas fisuras. En la segunda, su replica a estos condicionamientos es contundente al escribir una aguda crítica de las desigualdades sociales que provoca el sistema de producción capitalista. Una mirada en franca oposición a la ideología de la burguesía argentina, la cual

¹⁴ En *La ciudad letrada* (1984), Rama señala un margen de independencia de lo simbólico respecto a lo real. Es “el sueño de un orden” el que busca determinar lo material y lo social [11]. La producción de los letrados latinoamericanos, hacia la primera mitad del siglo XIX, mantuvo la misma relación: “[l]a estructura cultural flotaba sobre esta económica, reproduciéndola sutilmente” [19]. A medida que su análisis avanza hacia el final del siglo XIX, se enfatiza un menor grado de autonomía de los intelectuales respecto a su base socio-económica [124-129]. La relación entre lo simbólico y lo material está regulada por el desarrollo histórico de lo económico [31]. Sin embargo, en su ensayo “La dialéctica de la modernidad en José Martí” (1974), la relación entre producción cultural y lo económico es relativa. Si bien Rama afirma que para Martí lo socio-económico condiciona la producción intelectual, no la determina. Por esta razón, es posible pactar con estos condicionamientos y, a su vez, someterlos a réplica.

fijaba el rumbo del progreso nacional con la mirada puesta en el país del norte y marcaba la agenda de *La Nación*.

El análisis del lugar y la función del escritor finisecular no debería enfocarse exclusivamente en las circunstancias socio-económicas del escritor modernista, determinadas por una nueva división del trabajo y la relativa especialización del escritor. Como lo señala Julio Ramos, el estudio del campo literario finisecular debe también dar cuenta de la transformación del “tejido de la comunicación social”, que la prensa materializa como medio de una nueva cultura de masas y que reestructura los sistemas de autorización de la producción literaria [65]. Esta transformación, sostiene Ramos, establece nuevos mecanismos de autorización que condicionan al escritor modernista, porque “se ha transformado la relación entre los enunciados, las formas literarias, y los campos semióticos presupuestos por la autoridad literaria, diferenciada de la autoridad política” [65]. La producción del escritor modernista ya no está garantizada por lo político-estatal, en tanto instrumento de la clase dominante que garantiza las relaciones de producción, sino que se configura como un espacio de enunciación relativamente diferenciado de las instituciones de lo político.

El letrado, en la primera mitad del siglo XIX, asumió el rol de intelectual orgánico del Estado. El caso paradigmático es el de Sarmiento, quien justamente señalaba el progreso de los Estados Unidos como la dirección hacia la cual los nuevos Estados latinoamericanos debían encaminarse¹⁵. Pero, a finales

¹⁵ Como lo señala Quesada y Miranda, Sarmiento admiraba la labor de Martí para *La Nación*. Esto queda demostrado en una carta en la cual Sarmiento le pide a Paul Groussac traducir al francés una crónica de Martí, titulada “Fiestas de la estatua de la Libertad”, para hacer llegar a todas partes la mirada hispanoamericana sobre el símbolo de la libertad y el republicanismo, que, según Sarmiento, caracterizaban a la nación norteamericana [110-113]. Sin embargo, no dudaba en criticar a Martí cuando la mirada del cubano no se ajustaba al modelo ideológico-político que Sarmiento proyectaba a través de la imagen de los Estados Unidos. Sarmiento escribe: “Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y

del siglo, la relativa profesionalización del escritor modernista y la profunda transformación de los canales de comunicación de su producción, modifican la estrecha relación que prevalecía entre el campo literario y lo político. En función de elucidar esta relación, Ramos insiste en la necesidad de precisar el concepto problemático de la política a partir de la distinción que propone Nicos Poulantzas. Según Poulantzas, el concepto de lo político puede al menos significar dos tipos de prácticas sociales distintas: “[w]e shall introduce [...] the distinction between the *juridico-political superstructure of the state*, which can be designated as *the political*, and political class practices (political class struggle) which can be designated as *politics*” [37]. El Estado moderno define lo político a través de la concentración e institucionalización del poder en un aparato burocrático y legal. Pero las luchas sociales por el poder que forman la política se caracterizan por una autonomía relativa respecto de lo político-estatal. Ramos afirma que esta distinción entre lo político y la política, organiza el campo literario finisecular. La búsqueda de los escritores modernistas de una mayor autonomía los orienta hacia una afirmación de la especificidad de la producción literaria, ya no garantizada por las instituciones de lo político. El escritor finisecular, más que un intelectual orgánico del poder estatal, es un actor social inmerso en el mercado que participa en las luchas de clases que forman la política. Este es el *locus* del conflicto que enfrenta inmerso en un nuevo entramado de la comunicación social, el cual abre un espacio de relativa autonomía para su producción y para una mayor politización de su discurso al nivel de las luchas sociales.

La diferencia entre las dos crónicas sobre los anarquistas publicadas en *La Nación* cristaliza esta problemática. El análisis

menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad [...]” [107].

de la primera crónica, en la cual Martí adopta el silencio como una estrategia discursiva para expresar su oposición a la condena a muerte de los anarquistas y, al mismo tiempo, surcar los mecanismos de autorización de su trabajo, demostró que el cubano estaba condicionado por las leyes del mercado. Al considerar el intercambio epistolar entre Martí y su editor, se corroboró su dependencia del periódico *La Nación* y cómo este limitaba su autonomía. Sin embargo, en la segunda crónica este condicionamiento no determina el discurso del escritor. La radicalización de su discurso refleja una búsqueda de mayor autonomía y responde a los principios éticos-políticos de Martí, en pugna con la autoridad del editor. El escritor modernista libra esta batalla en un campo de lucha no determinado por lo político-estatal, sino en permanente reconfiguración a partir de los condicionamientos de la estructura socio-económica y los nuevos canales de comunicación que abren un espacio para la réplica a estos condicionamientos.

Por último, resulta interesante destacar la tendencia estetizante que Martí expresa en su segunda crónica sobre la lucha de los trabajadores en Chicago y el trágico final de los líderes anarquistas. Según Ramos, “[l]o significativo de la crónica modernista es que si bien manifiesta la dependencia literaria del periódico, constituye, más que una ‘hibridez’ desjerarquizada, un campo de lucha entre diferentes sujetos o autoridades, entre los cuales es enfática –a veces más enfática que en la poesía misma– la tendencia estetizante de la voluntad autonómica” [91]. La intensificación estética del drama vivido en Chicago no solo responde a una estrategia narrativa que le permite al escritor introducir un discurso radical, apelando a la sensibilidad del lector, sino también a su voluntad autonómica. La búsqueda de una mayor autonomía de su producción orienta la crónica hacia el ideal estético que Martí entiende corresponde a su época: crear “pequeñas obras fúlgidas” [1978: 234]. Las palabras del escritor, adoptando distintos

tonos y matices para expresar la profunda tristeza por el desenlace de la historia o cobrando bríos al describir cómo se tramaba la resistencia obrera, crean lo que se podría considerar una pequeña obra iridiscente.

La ejecución de los anarquistas el 11 de noviembre de 1887 debe de haber sido el factor desencadenante que llevó a Martí, dos días después, a volver sobre sus pasos y a escribir para *La Nación* la segunda crónica, en la cual expresa lo que un año antes había tenido que callar. Esta crónica cristaliza una “evolución” en aspectos importantes de su pensamiento, como lo señala Fernández Retamar, pero un pensamiento crítico que para expresarse primero necesitaba liberarse de los condicionamientos que lo obligaban a cernirse a la línea editorial del diario. La segunda crónica materializa la voluntad autónoma del escritor que tiende hacia una intensificación estética del relato. Esta trayectoria en búsqueda de una mayor autonomía lo conduciría al poco tiempo a estrechar lazos con los exiliados cubanos, a la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892 y a encontrar su destino en la guerra de independencia en 1895*.

Bibliografía

- AVRICH, PAUL. 1984. *The Haymarket Tragedy*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- BOSTEELS, BRUNO. 2012. “Martí and Marx.” *Marx and Freud in Latin America: Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror*. London: Verso.
- CONWAY, CHRISTOPHER. 2004. “The Limits of Analogy: José Martí and the Haymarket Martyrs”. *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, II, 1: 33-56.
- DAVID, HENRY. 1958. *The History of the Haymarket Affair: A Study in the American Social Revolutionary and Labor Movements*. New York: Russell & Russell.

* Inicio de evaluación: 4 set. 2014. Fecha de aceptación: 13 dic. 2014.

- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. 1988. "A un siglo de cuando José Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago". *Variaciones Martianas*, 232, La Habana: 59-70.
- FONER, PHILIP S. 1975. "Introduction". *Inside the Monster: Writings on the United States and American Imperialism by José Martí*. New York and London: Monthly Review Press.
- GARCÍA MARRUZ, FINA. 2003. "El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí". *José Martí en los Estados Unidos: Periodismo de 1881 a 1892*. Ed. Fernández Retamar et al. Universidad de Antioquia-Colección Archivos.
- GONZÁLEZ, ANÍBAL. 1983. *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- . 1993. *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge [U.K.]: Cambridge University Press.
- IBARRA, JORGE. 1986. "Martí and Socialism". *José Martí: Revolutionary Democrat*. Ed. Christopher Abel and Nissa Torrents. Durham: Duke University Press.
- JITRIK, NOÉ. 1978. *Las contradicciones del modernismo: Productividad poética y situación sociológica*. México: Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- MARTÍ, JOSÉ. 1978. "Prólogo al poema *Al Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde". *Obras escogidas*. La Habana: Editora Política. 229-245.
- . 1980. *Nuevas cartas de Nueva York por José Martí*. Ed. Ernesto Mejía Sánchez. México: Siglo XXI.
- . 1992. "Cuadernos de apuntes, n° 6". *Obras completas*, XXI. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. 173-192.
- . 1993 a. *Crónicas: Antología crítica*. Ed. Susana Rotker. Madrid: Alianza Editorial.
- . 1993 b. "El proceso a los siete anarquistas de Chicago". *Crónicas...* 209-219.
- . 1993 c. "Un drama terrible". *Crónicas...* 220-252.
- . 1984. *En las entrañas del monstruo*. La Habana, Cuba: El Centro.
- . 2010 a. "Carta a Bartolomé Mitre y Vedia". *Escenas norteamericanas...* 77-81.
- . 2010 b. *Escenas norteamericanas y otros textos*. Ed. Ariela Schnirmajer. Buenos Aires: Corregidor.
- . 2010 c. "Honores a Carlos Marx". *Escenas norteamericanas...* 139-153.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. 1967. *Martí revolucionario*. La Habana: Casa de las Américas.
- . 1969. *Martí: El héroe y su acción revolucionaria*. México: Siglo XXI Editores.

- MESTAS, JUAN E. 1993. *El pensamiento social de José Martí: Ideología y cuestión obrera*. Madrid: Pliegos.
- MITRE Y VEDIA, BARTOLOMÉ. 2010. "Carta de Bartolomé Mitre a José Martí". *Martí. Escenas norteamericanas...* 72-76.
- MONAL, ISABEL, comp. 1994. *Filosofía e ideología de Cuba, siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos.
- POULANTZAS, NICOS A. 1973. *Political Power and Social Classes*. London: NLB; Sheed and Ward.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZÁLO DE. 1929. *Martí, periodista*. Habana: Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca.
- RAMOS, JULIO. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RAMA, ÁNGEL. 1974. "La dialéctica de la modernidad en José Martí". *Estudios martianos*. Barcelona: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico. 129-197.
- . 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte.
- . 1985. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Arca Editorial.
- REYNOLDS, ANDREW. 2012. *The Spanish American Crónica Modernista, Temporality, and Material Culture: Modernismo's Unstoppable Presses*. Lewisburg [Pa.]: Bucknell University Press.
- ROJAS, RAFAEL. 2002. "Otro gallo cantaría: Ensayo sobre el primer republicanismo cubano". *El republicanismo en Hispanoamérica: Ensayos de historia Intelectual y política*. Ed. José A. Aguilar and Rafael Rojas. México: Centro de Investigación y Docencia. 289-312.
- ROTKER, SUSANA. 1992. *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- SOLBERG, CARL. 1970. *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin: University of Texas Press.